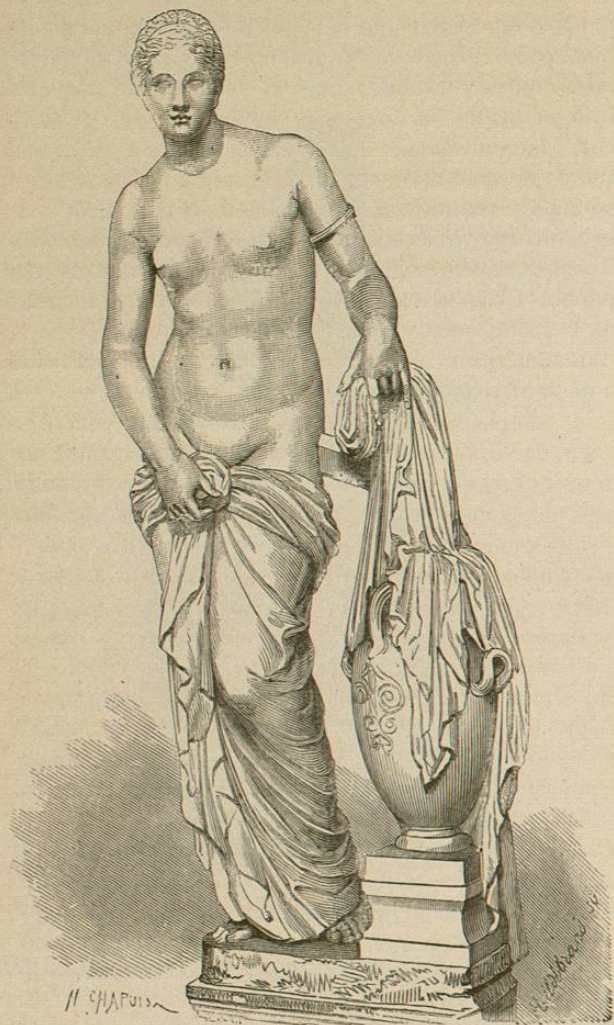


meditaba una truhanería: «Vedlo, dice, vedlo en actitud de filosofar.»

Pero el poeta no se atreve á aventurarse en el terreno candente de las alusiones políticas, prefiriendo pintar las costumbres de las clases ínfimas, de los sirvientes picarescos, de los viejos verdes y libertinos, del usurero del foro, del parásito decididor ó chistoso, de la joven esclava, inevitablemente libre en el desenlace. Con esta reserva no ganó Plauto más que el olvido de los nobles, cuyo favor estaba reservado para Ennio, para Andrónico y Terencio, elegan-



Venus de Cnido (1)

tes copistas de los griegos y dóciles y sumisos adoradores de la fortuna: Ennio fué sepultado con los Escipiones y Terencio vivió en su intimidad (2).

En cuanto á los poetas populares, Nevio murió en el destierro, y si Plauto no se vió reducido á dar vueltas á la piedra de un molino, como en su juventud, parece ser que el favor del pueblo no le valió mucho tampoco.

El partido de los antiguos romanos fué, pues, batido en sus poetas. Pero Catón iba á vengarlo.

En una república, el que cesa de subir empieza á bajar, y Escipión no podía mantenerse á la altura á que lo eleva-

(1) Repetición antigua de la obra maestra de Praxíteles. Museo del Louvre, núm. 59 del catálogo Clarac. No sabemos si esta estatua estaba ya en Roma, pero Catón había visto bastantes de estas divinidades de la Grecia para temer la concurrencia que iban á hacer á las informes deidades de la antigua Roma.

(2) Dígase lo que se quiera, tuvo algunos bienes, porque casó á su hija con un caballero romano y le dejó veinte arpentas de jardines á lo largo de la vía Apia.

ra la victoria de Zama. Por más que obtuviera los títulos de príncipe del senado y de censor, y mostrara en este cargo extremada indulgencia; por más que acusara á un concusionario, L. Cota, y se hiciera enviar al Africa para arreglar las diferencias (que no arregló) entre Cartago y Masinisa, lo abandonaba ya la popularidad. Flaminio, Catón mismo, eran los héroes del día. Para despertar la atención del pueblo, hubo de solicitar, en 194, por segunda vez el consulado: era una falta, porque este consulado fué oscuro (3), y deprimió al pueblo señalando á los senadores sitios particulares en el teatro. Así, cuando en 192 pretendió el consulado para su yerno Escipión Násica y para su amigo Lelio, sufrió un doble desaire.

Su hermano, sin embargo, fué elegido dos años después y encargado de la guerra de Asia, adonde lo acompañó el Africano; pero esta campaña más brillante que difícil, sin añadir nada á su gloria, le costó el reposo de su vejez. Desde entonces Catón no cesó ya, según la enérgica expresión de Tito Livio, de ladrar contra aquel gran ciudadano. Sin embargo, había sido su cuestor; pero Catón, hombre duro y seco, no había aceptado aquellos sentimientos de respeto y piedad filial, que en opinión de los romanos, debía haber conservado siempre para con su antiguo general. En las Termópilas, exagerando Acilio sus servicios, hubo de declarar en presencia del ejército que le debía á él la victoria; pero cuando este cónsul pretendió la censura, olvidó Catón su noble conducta, se hizo su competidor y para apartarlo con mayor seguridad apoyó contra él una acusación de malversación de caudales públicos. Para un hombre que se preciaba de costumbres antiguas, no era esto seguir los ejemplos de los buenos tiempos, ó á lo menos, las virtudes que todos, y él mismo, atribuían exclusivamente á la antigüedad.

A su instigación, los tribunos Petilios intimaron á L. Escipión dar cuentas del empleo de los tesoros entregados por Antíoco (187), y habiendo hecho traer los registros, se apoderó de ellos su hermano: «Las cuentas están aquí, pero no las veréis.» Y las desgarró, añadiendo: «No ha de decirse que he sufrido la afrenta de justificarme de semejante acusación; que he tenido que dar cuentas de cuatro millones de sestercios cuando he hecho ingresar en el tesoro doscientos millones.»

El senado no tenía ningún medio de coacción contra el Africano, ni los negocios de la hacienda pública eran de la competencia de la asamblea popular. Mas por encima de aquella constitución, que no estaba escrita, se cernía la idea de la soberanía del pueblo, del derecho, por consiguiente, de intervenir los comicios por tribus, cuando los poderes establecidos eran impotentes. En virtud de este derecho vendrán á ser temibles los tribunos el día en que se separen del senado: ese día habrá dejado de existir la república.

Los Petilios presentaron á las tribus una rogación que apoyó Catón con un violento discurso: sírvase el pueblo ordenar que nombre el senado una comisión judicial que examine si se ha distraído del tesoro el oro de Antíoco. Es posible que hubiera habido irregularidades administrativas en la expedición de Asia. Pero Manlio Vulso había cometido ciertamente muchas otras dilapidaciones. Uno de los diez comisarios que fueron sus adjuntos hubo de trabajar para que se le incluyera en el proceso; pero instigado por su odio Catón, no quiso más que un solo acusado

(3) Según Plutarco, hubo de darse buena prisa en reemplazar á Catón en España; Tito Livio sólo dice que fué á la Cisalpina; pero los dos están de acuerdo en presentar como inútil este consulado.

para que fuera más segura su venganza. Los senadores tuvieron que obedecer el plebiscito, y un tribunal constituido bajo la presidencia del pretor Terencio Culeo, declaró culpables de peculado á L. Escipión, á su cuestor y á uno de sus tenientes, A. Hostilio. Fijóse la restitución en cuatro millones de denarios. «Si no ingresan en el tesoro, dijo el pretor, ó si no se da caución suficiente para cubrir esta suma, L. Escipión será reducido á prisión.»

Entonces uno de los tribunos, Graco, opuso su veto. «Juro, exclamó, juro que enemigo de los Escipiones de mucho tiempo atrás, no he de hacer ahora méritos para con ellos. Pero la prisión adonde he visto yo que el Africano ha traído tantos reyes y generales enemigos, no se abrirá para su hermano.» Y ordenó que se le pusiera en libertad.

Entonces, sin duda, fué cuando el Africano le dió la mano de su hija, la célebre Cornelia, madre de los Gracos (1). L. Escipión dejó que le vendieran sus bienes, cuyo producto no alcanzó á cubrir la multa: su pobreza vino á probar su inocencia. Sus deudos y amigos quisieron darle más de lo que había perdido; pero él no aceptó sino algunos objetos de primera necesidad (187).

Enviado un año después al Asia para terminar las contestaciones surgidas entre los reyes de Pérgamo y de Siria, recibió de los príncipes y de las ciudades aliadas bastantes presentes para celebrar á su vuelta con gran magnificencia juegos que duraron diez días, y en los que pudo ver Roma todas las curiosidades que Asia y Africa podían ofrecer: combates de atletas, cazas de leones y panteras, representaciones escénicas. El condenado de Catón volvía á ser el favorito del pueblo.

Pero el rudo lugareño de la Sabina era tenaz en sus odios, y habiéndose escapado Escipión el Asiático, intentó una causa criminal contra Escipión el Africano ante las tribus. «Es preciso, decía, poner al nivel de la igualdad republicana á ese orgulloso ciudadano, cuyo ejemplo alienta el menosprecio de las leyes y de los magistrados, de las costumbres y de las instituciones del país.» El tribuno Nevio acusó á Escipión de haber vendido la paz al rey de Siria.

El día señalado compareció Escipión rodeado de un numeroso cortejo de amigos y clientes. «Tribunos, y vosotros romanos, dijo con magnífica insolencia, en igual día vencí á Aníbal y á los cartagineses, y como en tal día conviene aplazar los procedimientos, voy sin más demora al Capitolio á dar homenaje á los dioses. Venid conmigo á rogarles que os den siempre caudillos que se me parezcan, porque si vuestros honores se anticiparon á mis años es porque mis servicios habían prevenido vuestras recompensas.»

Y bajando de la tribuna, subió al Capitolio. El pueblo todo siguió sus pasos dejando á los tribunos solos con sus esclavos y el heraldo, que desde lo alto de la tribuna, citaba en vano al acusado.

Otro día exclamó: «Yo no he traído de Africa más que un nombre.» Sin embargo, previendo nuevas acusaciones y continuos debates, se retiró al Linterno para no comparecer. El día señalado de nuevo, el acusado no compareció y L. Escipión excusó su ausencia por causa de enfermedad; pero los tribunos no quisieron aceptar la excusa, y ya iban á tomar una medida violenta, cuando Sempronio Graco intervino otra vez.

(1) Sin embargo, según Polibio, el casamiento no se celebró hasta después de la muerte de Escipión, versión aceptada por Plutarco y justificada por la edad de Cornelia.

«Mientras P. Escipión no esté de vuelta en Roma, dijo enérgica y resueltamente, no permitiré yo que se le procese. ¡Cómo! ¡ni los servicios, ni los honores merecidos han de asegurar nunca á los grandes hombres un asilo inviolable y sagrado, donde, si no rodeados de homenajes, á lo menos respetados puedan reposar en su vejez!»

El asunto quedó abandonado y el senado en cuerpo dió las gracias á Graco por haber sacrificado tan generosamente sus enemistades personales al interés general.

Retirado en Linterno en una quinta, donde no hubiera estado á gusto el más oscuro de los contemporáneos de Séneca, Escipión acabó su vida, entregado al culto de las musas. Con frecuencia iba allá Ennio á leerle sus versos y buscar, al lado del vencedor de Aníbal, inspiraciones para su poema sobre la segunda guerra púnica. Un monumento consagró el recuerdo de esta amistad del héroe y del poeta: los Escipiones colocaron la estatua de Ennio entre las del Africano y el Asiático, en el cenotafio que elevaron junto á la puerta Capena. La tradición refería también que un día, en aquella soledad de Linterno, hubieron de desembarcar unos piratas de lejanos países. Escipión hizo armarse á sus esclavos; pero al saber los piratas que aquella casa era la suya, tiraron las armas, y acercándose al umbral depositaron en él donativos iguales á los que se ofrecían á los dioses (2). Polibio fija la fecha de su muerte en el mismo año que la de Filopémenes y de Aníbal (183). Todavía hoy se cree ver en Patrica, la antigua Linterno, su glorioso sepulcro y la segunda palabra de esta inscripción que había hecho él grabar: «Ingrata patria, no poseerás mis cenizas» (3).

Ennio le había compuesto otra: «Aquí está encerrado un hombre cuyas hazañas no pudieron ser nunca dignamente pagadas.» Y hacía decir al héroe:

«Desde los lugares de que el sol se eleva, más allá de la laguna Meótide, no hay quien pueda comparar sus hazañas con las mías. Si es permitido á un hombre subir á la región donde los dioses moran, para mí se abren las amplias puertas del cielo.»

Estas palabras no son nada modestas; pero estaba permitido al poeta ponerlas en boca del héroe. Fuera de esto, la modestia no fué jamás una virtud romana, y bien puede dispensarse al salvador de Roma que no la hubiera tenido.

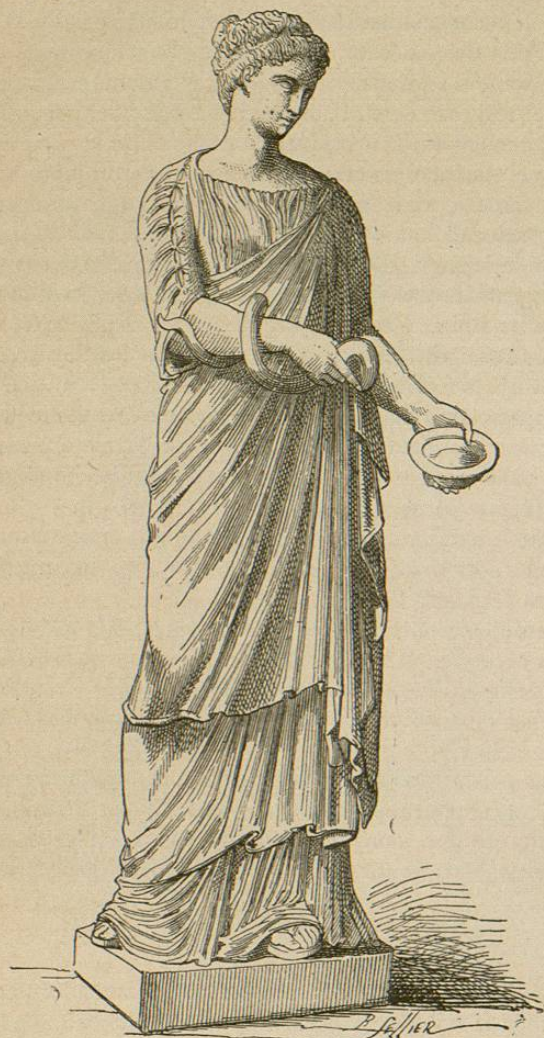
III. — CENSURA DE CATÓN.

Catón triunfaba: los Escipiones estaban humillados y con ellos toda la nobleza. Después del descubrimiento de las Bacanales, el pueblo á pesar de la viva oposición de los nobles, dió aun la censura á aquel hombre nuevo, cuyo

(2) Valer. Max., II, x.

(3) Por más que se haya dicho, no puedo representarme á Escipión defraudando los caudales públicos. Cuando se han hecho tan grandes cosas, no se puede descender tanto, sobre todo cuando se desempeña, como Escipión, el papel de semi-dios. A pesar de la anécdota referida por Valerio Máximo sobre la dote de 10,000 ases dada á la hija de Cn. Escipión, aquella casa había de ser rica, porque el Africano y el Asiático, muy jóvenes aun, solicitaron y obtuvieron juntos el oneroso cargo de la edilidad (Polib., X, 4); pero era la riqueza de los antiguos tiempos. Si el Africano fijó en cincuenta talentos la dote de cada una de sus hijas, no les dió nada durante su vida, y después de su muerte, la viuda no pudo entregar á sus yernos más que la mitad; la otra mitad les fué entregada por Escipión Emiliano, después de la muerte de Emilia. Cincuenta talentos después de todo no eran, como se ha supuesto, una dote escantiosa para aquella época, pues Plutarco afirma que P. Emilio apenas dejó con qué pagar la dote de su mujer (Paul. Emil., 4), y estima, sin embargo, el valor de su herencia en 370,000 dracmas (Ibid., 43), ó, como Polibio, en más de 60 talentos. En cuanto á las construcciones de Escipión, su villa de Linterno era más que modesta. Véase la carta de Séneca fechada en aquel villajo.

odio á todo lo grande respondía tan bien á esa envidia instintiva, á esos celos rencorosos contra los mejores ciudadanos, que palpitan en todas las muchedumbres durante los tiempos serenos y prósperos. Catón había exigido más bien que solicitado del pueblo que se le confiara este cargo; y todavía no lo aceptaba sino con su amigo y antiguo protector Valerio Flaco (184). «Es menester, decía, depurar la ciudad, y no es el más dulce, sino el más duro, el médico que necesita». La nobleza y los publicanos fueron duramente flagelados, y expulsados siete miembros del senado, entre ellos, un consular, hermano de Flaminio, y un candi-



Higia (1)

dato al consulado del año siguiente, Manilio. La revista de los caballeros fué también muy severa; pero cuando le quitó el caballo á L. Escipion, á quien había ya arruinado, se hizo sospechoso de envidia, dice su biógrafo; creyóse que solamente lo hacía por deprimir la gloria del Africano y por retar otra vez más en su persona á toda la nobleza. No contento con la nota censorial, todavía hubo de añadir discursos virulentos ó revelaciones escandalosas.

Habiéndole preguntado Flaminio, con harta imprudencia, los motivos de la mengua que echaba sobre su familia, el censor refirió el hecho siguiente: «Al partir para su provincia Lucio Flaminio hubo de llevarse de Roma una mujer á quien amaba: un día, durante un festín, quejósese

(1) Museo del Louvre, núm. 84 del catálogo Clarac. Higia, una de las cuatro hijas de Esculapio, era á este título tenida por una de las divinidades tutelares. Está representada en el Louvre, ofreciendo á la serpiente mística, emblema de la salud ó de la vida, la copa que contiene su alimento.

esta mujer de haber sacrificado por seguirlo, un combate de gladiadores. — No lo sientas, le dijo el cónsul, y si es que tienes gusto en ver morir á un hombre, no hay cosa más fácil para mí que satisfacerlo. — Acababa de llegar al campamento un jefe boyo con su mujer y sus hijos, y mientras el galo implora la hospitalidad romana, toma Lucio su espada y lo hiere y lo persigue herido y lo arroja moribundo á los pies de la cortesana.»

Los Flaminios estaban pues humillados, como los Escipiones; á los Galbas les llegó su turno, y los Fulvios, atacados con frecuencia por Catón, no se librarán de sus golpes, sino para caer bajo la dura mano de otro censor deudo de ellos.

Las rentas públicas eran escandalosamente malrotadas. Catón arrendó los impuestos á muy alto precio, y las obras públicas con rebaja. Esta integridad excitó tales clamores entre los publicanos, que el senado, seducido por la facción de Flaminio, anuló los arrendamientos, ordenó nuevas adjudicaciones y concedió rebajas, sin duda en interés del Estado, pero ciertamente también en el de los contratistas; algunos tribunos de este partido llegaron hasta á citar á Catón ante el pueblo para que se le condenara á una multa de dos talentos.

Los censores obedecieron de mala gana al senado; hicieron las adjudicaciones con una ligera baja en los precios, descartando de las subastas, para castigarlos, á todos los que habían roto sus primeros compromisos. Buenas, pero pequeñas medidas de hombres cortos de vista, que creían salvar el Estado con una imitación de la antigua severidad, sin sospechar siquiera las grandes reformas de que la república tenía necesidad.

Catón se vengó también, durante su censura, de la derrota que había sufrido en la discusión de la ley Opia: comprendió en el censo de los ciudadanos las joyas, los carros, los adornos femeniles y los esclavos jóvenes comprados desde el último lustro, por un valor décuplo del precio que habían costado, y los sujetó á un impuesto de tres ases por mil. El agua era en Roma y en su árido campo una cosa de primera necesidad; pero siendo entonces los acueductos en gran parte subterráneos, como *Aqua Appia*, *Antio Vetus*, *Aqua Marcia*, etc., era fácil el fraude: un severo reconocimiento puso de manifiesto numerosas sangrías que empobrecían las fuentes públicas en provecho de algunos ricos particulares. Los censores cortaron estos desagües; y obligaron también á todos los que tenían casas ú otros edificios salientes en la vía pública, á demolerlos en el término de treinta días; hicieron empedrar los abrevaderos, limpiar y construir albañales, abrir un camino al través de la montaña de Formia y edificar la basílica de Porcia.

Esta censura tan hostil á los nobles y á los ricos, engendró violentas enemistades, pero también le valió á Catón un sobrenombre glorioso y el afecto y gratitud del pueblo, que le erigió una estatua en el templo de Higia con esta inscripción: «A Catón, por haber levantado, con saludables medidas y sabias instituciones, la república romana, puesta en la pendiente de su ruina por la alteración de las costumbres.» Había un partido numeroso que simpatizaba con el rígido censor, y á su cabeza no cesó éste de combatir la ambición, la avaricia y el lujo de los poderosos, ahora con acusaciones particulares, ahora sosteniendo leyes suntuarias, que jamás impidieron nada, y todas las proposiciones que daban nuevas pero inútiles garantías á las viejas instituciones.

En 181, una ley contra la corrupción electoral y la ley Orquía, que limitaba el número de los convidados y el gasto de los festines.

En 180, la ley *Vilia* ó *Annalis*, que reprimía también la corrupción electoral, exigiendo de todo candidato la prueba de haber hecho diez campañas, y fijando la edad para aspirar á los cargos: treinta y un años para la cuestura; treinta y siete para la edilidad curul; cuarenta para la pretura; cuarenta y tres para el consulado, con un intervalo de dos años, lo menos, entre dos magistraturas diferentes.

En 169, la ley *Voconia*, para impedir, como en Esparta, la acumulación de bienes en manos de las mujeres.

En 161, la ley *Fannia*, contra el lujo de la mesa.

En fin, en 159, una ley de los cónsules, que pronunciaron la pena capital contra los candidatos convictos de haber comprado á precio de dinero los sufragios.

Nótese también, como síntoma de las ideas del tiempo, que cuatro años después, el cónsul Escipion Nasica hizo demoler un teatro permanente para quitar la tentación de recurrir con demasiada frecuencia á una recreación que no habían conocido los mayores.

En 169, hubo de provocar Catón el decreto que prohibió á los reyes entrar en Roma, donde dejaban siempre algunos de los vicios de su corte; más tarde, hizo expulsar á Carneades y despedir á los aqueos retenidos en Italia. Después de la caída de Perseo, ni siquiera quiso una guerra con Rodas, adonde todos, generales y soldados, habrían ido á buscar lo que Manlio había traído de Asia, nuevas riquezas y nuevos vicios.

«Creo muy bien, dice con su mordaz y amarga elocuencia, creo que los rodios hubieran querido vernos menos afortunados en esta guerra, y por cierto no eran los únicos que tenían estos deseos. Sin embargo, ellos no han hecho nada en favor de Perseo. Ved cuánto más hábiles somos nosotros: cuando vemos nuestra fortuna en peligro, removemos el mundo para impedir el daño... Los rodios han querido ser nuestros enemigos. ¿Y dónde está la ley que pene el deseo? ¿Quién dirá, por ejemplo: Si alguno quiere tener 500 arpentas de tierra pública ó poseer más ganados que la ley le permite pagará tal multa? Seguramente todos queremos tener más de lo que nos es permitido; pero ¿quién nos castiga? Se dice también que los rodios son soberbios. Ciertamente, no quisiera yo que ni á mí ni á los míos se nos pudiera dirigir este reproche; pero que los rodios sean soberbios ¿qué nos importa á nosotros? ¿Es que nos creíamos deprimidos porque hubiera en el mundo un pueblo más orgulloso que nosotros?»

Si pidió sin cesar la destrucción de Cartago (1), fué porque veía los rápidos progresos de la corrupción: creyó que debía aprovecharse la energía y fuerza que les quedaba á los romanos para abrumar con el último golpe á tan temible enemiga. Degeneradas por la molición las generaciones siguientes, no hubieran podido ya bastar, según él, á esta grande obra. Durante su consulado, había hecho pasar una ley, de *provincialibus sumptibus*, para restringir las requisiciones onerosas de los gobernadores. Así hubo de aprobar, antes de morir, los esfuerzos del tribuno Calpurnio Pisón, el creador de las *cuestiones perpetuas*. A estas reformas referimos las leyes tabelarias de los tribunos Gabinio y Casio, que establecieron el escrutinio secreto en 139 para la elección de los magistrados, y en 137 para los juicios públicos (2). Muy pronto se decidirá todo por este sistema de

(1) No fué sólo Catón quien dijo: *Dolenda est Carthago*: era tan popular este dicho, que Plauto lo repite al final de sus votos por la prosperidad de Roma en la *Cistellaria* (I, 111, 54): *Ut vobis victi Peni penas sufferant*.

(2) Cicerón enumera cuatro leyes tabelarias: 1.ª *Gabinia* (de *Amic.*, 12); 2.ª *Casia* (Brut., 25-27); 3.ª *Papiria*, el año 131, para la adopción y repulsión de las leyes (*pro Mil.*, 3; *ad Fam.*, IX, 21; Brut.,

votación, lo que será una molestia para los compradores de sufragios. Montesquieu y Cicerón están por el escrutinio público á fin de que los principales ilustren al infimo pueblo y lo contenga la misma gravedad de los personajes. Pero cuando la corrupción es general ¿qué puede Catón ni Bruto? El pueblo, por otra parte, aun con el escrutinio secreto, sabrá siempre muy bien lo que aconsejan y desean aquellos personajes. Vale pues más atenerse á la primera opinión de Cicerón, que llamaba al escrutinio secreto la salvaguardia muda de la libertad.

Esta ruda guerra que hizo Catón á las costumbres de su tiempo le habían suscitado muchos enemigos para que no se resintiera de ello su reposo. Cincuenta veces fué citado á los tribunales y la última vez, cuando ya contaba ochenta y tres años de edad. Sin embargo, él mismo compuso y pronunció su discurso de defensa, en que se encontraban estas sencillas y hermosas palabras: «Es muy difícil, romanos, dar cuenta de su conducta ante hombres de un siglo que no es ya el siglo en que uno ha vivido.» A los ochenta y cinco años, todavía citó ante el pueblo á Servio Galba; porque tenía, dice Tito Livio, un alma y un cuerpo de hierro, y ni la vejez, que todo lo gasta, podía hacerle flaquear.

Pero aquel odio tan perseverante había traído una reacción aristocrática: no pudiendo imponer silencio á aquel censor perpetuo, hubieron de hacer los nobles menos peligrosa su oposición rompiendo en sus manos el arma de que se servía contra ellos. En 179 destruyeron la organización democrática de los comicios; Lépido y Fulvio, que habían sucedido á Catón en la censura, restablecieron para la asamblea centuriada las categorías de riqueza, es decir el sistema de clases, abolido antes de la segunda guerra púnica. Sempronio Graco acabó esta reorganización de los comicios retirando á los libertos de las tribus rústicas para encerrarlos en una de las cuatro tribus urbanas, la *Esquilina*. Más tarde, la institución de las *questiones perpetuas*, bien que justificada por el interés público, dió todavía á los nobles, que regentaban exclusivamente estos tribunales, ocasión de apoderarse del derecho, hasta entonces ejercido por la asamblea pública, de juzgar sin apelación al criminal.

En aquella vuelta hacia el pasado, en aquella reacción tan favorable á sus privilegios, no echaron en olvido la religión que todos los poderes constituídos se obstinan en considerar como un precioso medio de gobierno. Cuanto más se retiraba la fe, tanto más se adherían ellos á la letra, y el pueblo estaba espantado de los prodigios que con mucha frecuencia ocurrían, y los magistrados eran obligados con severas medidas á respetar los auspicios, y se mantenía rigurosamente la santidad de los días fastos (*ley Fufia*), y se ponía por la ley *Elia* (167) bajo la dependencia de los augures á la asamblea misma de las tribus.

Era toda una reacción aristocrática así por la religión y por la autoridad judicial, como por la concentración de las propiedades y el rebajamiento del pueblo: «Roma, dice Salustio, estaba dividida, los grandes á un lado, los pequeños á otro, y en medio la república desgarrada, la libertad moribunda. La facción de los nobles llevaba la ventaja; todo lo tenían ellos, el tesoro, las provincias, las magistraturas, los triunfos, la gloria, las riquezas del mundo. Sin lazos ni fuerza, el pueblo no era ya más que una multi-

Ibid.); 4.ª *Celia*, el año 107, para el voto en las causas de alta traición (*perduellionis*). El tribuno Casio (Longino Ravilla) fué después de Catón el hombre más íntegro y severo de aquel tiempo. En 113 condenó á muchas vestales que había perdonado el supremo sacerdote. Ya lo encontraremos á su tiempo.

tud impotente, diezmada por la guerra y por la pobreza; porque mientras los legionarios combatían en países lejanos, sus padres y sus hijos eran expulsados de sus tierras por vecinos poderosos. La necesidad de la dominación y una insaciable codicia hicieron invadirlo todo, profanarlo todo, hasta el día en que aquella tiranía se precipitó por sí misma» (1).

Catón había presentado esta ruina, y para eterno honor suyo, había hecho de su vida entera un prolongado combate para prevenirla. Por espacio de más de sesenta años, había luchado contra la indisciplina de los soldados, contra la venalidad del pueblo, contra el lujo de las mujeres, contra las costumbres de todos. Pero al fin, vencido él mismo, hubo de ceder al torrente. Aquella ostentación de rudeza y frugalidad vino á perderse en el escándalo de sus últimos años. Catón también era demasiado viejo de un día.

«Tenía siempre un gran número de esclavos, que compraba de los prisioneros de guerra, y escogía los más jóvenes para enseñarlos más fácilmente como perros y potros. Al principio, cuando era aún pobre y servía de simple soldado, no se enfadaba nunca con sus esclavos y encontraba bueno todo lo que hacían en su servicio. Después, habiendo mejorado de fortuna, solía invitar á su mesa á sus amigos y á los oficiales de su ejército, y entonces ya mandaba azotar á los esclavos que habían servido mal la mesa. Tenía cuidado de mantener entre ellos discordias y divisiones, desconfiando de su buena inteligencia y temiendo sus efectos. Si un esclavo había cometido un crimen por el que mereciera la muerte, lo juzgaba en presencia de los demás, y si era condenado, le hacía morir delante de ellos.

»Hízose luego demasiado amigo de las riquezas, que procuró adquirir con bastante afán, y menospreció tras ellas la agricultura, que le parecía más bien objeto de solaz y recreación que origen ó fuente de prosperidad. Para colocar su dinero en fincas más seguras, compró estanques, tierras en que hubiera manantiales de agua caliente, terrenos de batán, prados y bosques, cuyas rentas no podía disminuir, decía él, ni el mismo Júpiter. Ejerció la más abominable de todas las usuras, la usura marítima, exigiendo que sus deudores formaran una compañía, y cuando eran cincuenta asociados, con otros tantos barcos, se atribuía en cada uno de ellos una parte del capital, disponiendo que uno de sus libertos, que hacía con los armadores los negocios y los viajes, velara por sus intereses. De esta manera no se arriesgaba á perder sino una mínima parte de su dinero, mientras sacaba crecidos provechos. «Hacía también la trata de blancos» prestando dinero á algunos de sus esclavos para comprar muchachos que, bien enseñados, daban ya utilidad á su amo al cabo de un año.

»Aconsejaba á su hijo que emprendiera este comercio usurario, diciéndole que sólo podía dispensarse á una viuda necia que disminuyera su patrimonio. Pero lo más notable que dijo y lo que mejor caracteriza su codiciosa avaricia, fué que el hombre admirable, el hombre divino, el hombre más digno de gloria era el que probaba con sus cuentas que había adquirido más bienes de fortuna que los que le dejaron sus padres. En edad muy avanzada tuvo relaciones amorosas con una joven esclava, sin reservarse de su hijo ni de su nuera, y para castigarlos por sus justas reconvenções,

(1) *Jugurtha*, 41, y *ad Cæsar*. 4. Lucano ha resumido (I, 167) las causas de la caída de la república, pero con menos energía que Sallustio:

*Rebus mores cessere secundis,
Prælaque et hostiles luxum suaserunt rapina, etc.*

contrao segundas nupcias con la hija de su escribiente; unión indigna de él y vergonzosa á su edad» (2).

Vencido Catón, Catón dando ejemplo de escándalo y diciendo que no comprendía cómo dos arúspices podían mirarse sin reirse, nadie es ya bastante fuerte para resistirse á la corriente. El austero censor había hecho todos los esfuerzos imaginables para evitar su caída: había hecho expulsar á los filósofos griegos y hubiera querido cerrar las puertas de Roma y aun de toda Italia; pero contra las ideas no hay leyes bastante fuertes ni murallas bastante altas (3). Los senadores Julio, Aufidio, Albino, Casio Hemina, Fabio Pictor, etc., dejaron á Catón escribir en latín sus *Orígenes*; ellos compusieron sus historias en la lengua sabia y este gusto por las letras griegas pasó más allá de Italia y penetró hasta el pie del Atlas, donde un hijo de Masinisa, Monastabal, hubo de honrar también á las musas del Pindo (4). Catón había querido poner en honor la frugalidad, el trabajo, la dignidad del pobre, y cada día estaban los campos más desiertos, y era el lujo más ruinoso y mayor la servidumbre del pueblo; las elecciones venían á ser un tráfico, pues era pública la tarifa de los votos. En el gobierno de sus provincias había dado el ejemplo de una administración prudente y desinteresada, y nunca habían sido más numerosas y crecidas las exacciones. Había combatido la indisciplina de los soldados, y Escipión Emiliano encontró las legiones de España en el mayor desorden. Quiso atraer á los nobles al sentimiento de la igualdad, al respeto de las leyes, y vió formarse una aristocracia que dominaba al mismo senado. El intervalo que separaba á los nobles y al pueblo se había agrandado, y el abismo era más hondo, más inevitable. Al fin de su vida, si Catón hubiera permanecido el mismo, habría sido en Roma un extranjero.

La sociedad romana era arrastrada rápidamente á una revolución próxima. Y este movimiento era legítimo, porque era preciso que se trasformara una ciudad que había venido á ser un imperio; y era preciso, para que la ciudad italiana pudiera encerrar el mundo, que renunciara á su estrecho espíritu, á su religión local, á sus leyes hostiles al extranjero; que se abriera á todas las ideas y á todos los cultos, para abrirse luego á todos los pueblos. A fuerza de multiplicar los dioses había de acercarse la conciencia humana á la unidad divina, que Cicerón proclamará muy pronto; destruyendo el patriotismo municipal, era ya fácil levantarse á la ciudad universal, cuyas leyes escribirá Marco Aurelio. Y nosotros mismos ¿tendríamos derecho á quejarnos de semejante transformación, cuando sin ella no seríamos sino hijos desheredados del antiguo mundo?

En efecto, si los romanos hubieran tenido para la literatura griega el desprecio que tuvieron los soldados de Alejandro para las civilizaciones del Africa, de la Fenicia y del Asia central, el largo trabajo de una raza dotada por el cielo de todos los dones de la inteligencia, se hubiera perdido para nosotros, como se perdió la sabiduría de Egipto y de Caldea. Hoy estamos reducidos á despertar difícilmente á orillas del Nilo, del Eufrates y del Ganges algunos de aquellos ecos sagrados, ó como vamos á las ruinas de Palanque ó las orillas del Ohio á preguntar al nuevo mundo los se-

(2) *Plut., Cat.*, 24. Véase en el cap. 21 su vergonzosa intervención en los placeres de sus esclavos. De su segundo matrimonio nació Saloniano, abuelo de Catón Uticense.

(3) Catón leyó en su vejez muchos autores griegos, sobre todo á Tucídides y á Demóstenes, y sus escritos estaban enriquecidos de máximas y rasgos históricos de estos autores. Muchas de sus sentencias morales están traducidas literalmente. (*Plut., Cat.*)

(4) Tito Livio, *Ep.* XLIX, Masinisa tenía á su mesa músicos griegos, dice Ateneo, y Micipsa estableció una colonia griega en Cirta (*Strab.*, XVII, p. 831).

cretos de un misterioso pasado. Conviene pues tener en cuenta á los romanos haber mostrado, en lugar de un soberbio desprecio á los griegos, ó la torpe indiferencia de los conquistadores de Méjico ó del Perú, la ingenua admiración que hizo de ellos los dóciles discípulos de los vencidos y que conservó para nuestro bien tantas obras de arte.

Por lo demás, no hay que representarse á Roma cayendo súbitamente y toda ella en la molicié y el vicio. Rica y poderosa ya, tomó las costumbres de la riqueza y del poder, como había tenido las de la pobreza y de la debilidad. Muchos abusaban de sus medios; pero muchos también sabían unir las elegancias de la vida nueva con las antiguas virtudes, y la inevitable evolución que se operaba no habría tenido sino faustas consecuencias, si se hubiera podido contener el movimiento en los límites en que algunos nobles espíritus hubieran querido detenerlo. El severo genio del Lacio, lentamente fecundado y pulido por la ciencia y la urbanidad griegas, hubiera sin duda dado productos más gloriosos, y esto es lo que querían aquellos grandes ciudadanos. Paulo Emilio, cuya vida fué consagrada alternativamente á los negocios públicos, á la educación de sus hijos y al cultivo de las letras, y cuya parte de botín en Macedonia se redujo á la biblioteca de Perseo (1); Escipión Nasica, á quien declaró el senado el hombre más honrado de la república, y su hijo Córculo, tan modesto que se negó á recibir el título de *imperator* con el triunfo, y que tres veces, á pesar de Catón, aplazó la ruina de Cartago; el austero Calpurnio Pisón, llamado *Frugi*, de sobrenombre, hábil orador, valiente capitán, profundo jurisconsulto y escritor; los Escévolas, honor del Foro y de la tribuna (2); los dos Lelios, célebres por su constancia en la amistad, pero sobre todo, el segundo, llamado por sobrenombre el Prudente, que fué amigo de Pacuvio y de Terencio, y acaso su consejero y guía; Sempronio, el padre de los Gracos y el pacificador de España; Fabio Serviliano y Manlio, que ambos á dos castigaron de muerte el desarreglo y las concusiones de sus hijos (3); en fin, los Tuberones, de la familia Elia que tuvo cuatro consulados en este período. Eran tan pobres, á pesar de sus enlaces con las familias Emilia y Cornelia, que diez y seis miembros de la suya no tenían entre todos más que una casita y una quinta en el territorio de Veyos. Quinto Tuberón, el yerno de P. Emilio, no poseyó nunca, aun siendo cónsul, más que una vajilla de barro, excepción hecha de una copa de plata que hubo de regalarle el vencedor de Macedonia.

IV.—ESCIPIÓN EMILIANO

Pero el más grande de todos aquellos ilustres personajes era Escipión Emiliano, hijo de Paulo Emilio y nieto por adopción del Africano. Su amistad con Polibio fué célebre

(1) *Plut., Paul. Emil.*, 43, y *Polib.*, XXXIII, 8. No se encontró á su muerte con qué devolver á su esposa la dote que aportó y fué menester vender tierras.

(2) Los tres principales fueron Publio, cónsul durante el tribuna de Tiberio Graco; Quinto, el guía de Cicerón, el que se atrevió á resistir en pleno senado al omnipotente Sila; otro Quinto, hijo de Publio, á quien llama Cicerón el más grande orador entre los jurisconsultos y el más gran jurisconsulto entre los oradores. Cicerón refiere del primer Quinto, que comprando un día un fundo, pagó 100,000 sesteracios más de lo que se le había pedido, porque juzgó que el precio era demasiado bajo. (*De Off.*, III, 15.)

(3) La provincia de Macedonia acusó á Silano de concusión. Manlio, su mismo padre, lo juzgó, lo desterró de su presencia, y no quiso asistir á sus funerales, cuando el culpable, en su desesperación, se dió la muerte. (Tito Livio, *Ep.*, LIV; *Valer. Max.*, V, VIII, 3; *Cic., de Fin. bon.*, I, 7.)

en la antigüedad. «Nuestras relaciones, dice este historiador, comenzaron por los coloquios que teníamos sobre los libros que me prestaba. Cuando los aqueos, llamados á Roma, fueron dispersados en diferentes ciudades de Italia, Escipión y su hermano Fabio pidieron con instancia al pretor que me dejara permanecer con ellos... Un día que Fabio iba al foro, me encontré solo con Emilio, que me dijo con dulzura y cierto rubor: «¿Por qué, Polibio amigo, cuando estás en la mesa con mi hermano y conmigo, le diriges á él con preferencia la palabra? Según parece, me tienes, como mis conciudadanos, por indolente y desaplicado porque no me entrego á los ejercicios del foro. Pero ¿cómo lo haré?



Copa de plata (4)

«Todo el mundo me dice que de la casa de los Escipiones no se espera un orador, sino un general — ¡Por todos los dioses! le contesté; no creas que obrar de esa manera sea en mí falta de estimación; lo hago así únicamente por ser Fabio tu hermano mayor. Por lo demás, yo admiro esos sentimientos, y si mis consejos pueden ayudarte á sostener dignamente el nombre que llevas, dispón de mí. Entonces, tomándome las manos Escipión: ¡Oh! exclamó, ¿cuándo veré yo el dichoso día, en que libre de todo compromiso y viviendo á mi lado, me des todos tus pensamientos? Sólo entonces me creeré digno de mis mayores» (5).

Escipión ponía bien sus afecciones: otro de sus amigos fué Panecio, el *maestro rodio*, cuyo estoicismo suavizado por la influencia platónica, humanizaba las austeridades de la escuela del Pórtico. Para él, la virtud era el mayor de los bienes, pero admitía que otros bienes pudieran estar á su lado, y enseñaba á su ilustre discípulo el verdadero fundamento de la moral social: «No hay nada bueno que no sea útil, y todo lo que es realmente útil es bueno» (6).

El primer efecto de este noble comercio con elevados espíritus, fué inspirar á Escipión amor á los estudios profundos y aversión á las costumbres licenciosas de la juventud romana. Y mientras la Grecia y el Asia infestaban á Roma con sus vicios, la amistad de Polibio depuraba en el ánimo

(4) Guhl y Koner: *Das Leben der Griechen und Römer*, p. 369, figura 452.

(5) *Polib.*, XXXII, 9.

(6) *Cic., de Off.*, III, 6.